

RESEÑAS

Pablo A. Maríñez (comp.), *México y República Dominicana. Perspectiva histórica y contemporánea*, Santo Domingo (Ediciones Ferilibro, 17), 1999, 378 p.

Las relaciones establecidas entre México y República Dominicana están documentadas de manera dispersa en los acervos mexicanos. Sobre muchos temas no hay todavía testimonios ordenados como sí los hay a partir del establecimiento del Consulado General de México en Dominicana en 1888, y de la negociación para firmar un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre los dos países en 1890.

Durante el porfiriato los contactos entre ambos gobiernos fueron estables —aunque como se diría ahora, de bajo perfil— y a lo largo de los primeros años del siglo xx se mantuvieron en un nivel consular, si bien con un nutrido intercambio de información que rebasaba los temas propiamente consulares, orientada en especial a informar de la presencia e intervención norteamericana en la región caribeña. En la tercera década de este siglo se delimitó la jurisdicción de las oficinas representantes de México en Puerto Plata y Santo Domingo y en los años cuarenta se estrecharon los vínculos culturales entre Quisqueya y México, difundiéndose en ambos territorios la cultura del otro con exposiciones y conferencias.

Con el trujillato las relaciones adquirieron un impulso en el ámbito económico, mientras en el político se llegó, incluso, a una ruptura temporal. Podríamos seguir enumerando datos que expresan el desarrollo de las relaciones entre estos dos países. Pero no es de este ámbito del que nos habla en especial este libro (originalmente publicado como un homenaje a México), que evidencia sobre todo el aspecto cultural que ha marcado las relaciones entre las dos naciones involucradas. Dedicuemos, entonces, nuestra atención a su contenido.

Pablo Maríñez, en su estudio preliminar nos invita a reflexionar sobre algunos paralelismos, coincidencias y diferencias en los procesos histórico-sociales entre las dos repúblicas, más allá de las disparidades obvias de población, tamaño de su territorio, estructuras productivas, por mencionar algunos aspectos. Aunque hubo contactos muy tempranos, como queda de manifiesto después de leer el conjunto de trabajos, el autor pone el énfasis en los vínculos establecidos en el siglo pasado. Destaca la presencia en nuestro territorio de José Núñez de Cáceres, promotor de la independencia dominicana, y de Simón Portes, abuelo de Emilio Portes Gil (quien llegara a la presidencia de México), y a partir de entonces va rescatando una serie de datos muy interesantes que prueban las similitudes y diferencias en los procesos de ambos países.

Maríñez llama la atención sobre los paralelismos evidentes entre Antonio López de Santa Anna y Pedro Santana, entre Gregorio Luperón y Benito Juárez, entre Ulises Heureaux, *Lilis*, y Porfirio Díaz, y para concluir da un salto a la época de Rafael L. Trujillo, en la que hubo estrechas relaciones entre ambos países, aunque tensas en lo político. De estos dos últimos momentos señalados dan fe los expedientes en el acervo de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

El libro está estructurado alrededor de tres ejes que marcan los tres aspectos fundamentales que han signado las relaciones entre República Dominicana y México: cultura, historia y diplomacia.

En la primera sección encontramos varios trabajos en torno a la vida, obra y actividad intelectual de don Pedro Henríquez Ureña, su estancia en México, su incorporación por derecho propio al mundo de los intelectuales en el que jugó un papel de liderazgo —y cómo lo vieron ellos—, sus estrechos lazos con nuestro país aun cuando vivía en los Estados Unidos, su correspondencia con Alfonso Reyes —que abunda en sus relaciones personales y desarrollo intelectual y en la que extrañamos o mejor dicho lamentamos la ausencia de ejemplos epistolares—, su labor en la Universidad Nacional Autónoma de México (en la que entre otras cosas fundó la Escuela de Verano, antecedente del actual Centro de Enseñanza para Extranjeros) y su papel en la literatura mexicana.

Pero también contamos con uno de sus escritos acerca de la influencia de la Revolución en la vida intelectual de México, en el que hace gala de una prosa elegante, precisa, reflejo de su vasta cultura, para resaltar el *extraordinario influjo* que tuvo aquella y que desembocó en la transformación espiritual de México.

Forman parte de esta sección algunas viñetas de muy diversa factura

de intelectuales de y en República Dominicana y México. Destacan las notas sobre el negrito poeta que incursiona en el mundo del folklore y de la transmisión de tradiciones, el informe de la primera visita de José Vasconcelos a la isla caribeña, el trabajo de Rodríguez Demorizi sobre Alfonso Reyes y lo dominicano, y otro sobre Pedro Mir, el poeta que cantó a las bellas hermanas Mirabal, asesinadas por la dictadura trujillista, en los siguientes términos:

Es que
 hay columnas de mármol impetuoso no rendidas al tiempo
 y pirámides absolutas erigidas sobre las civilizaciones
 que no pueden resistir la muerte de ciertas mariposas.

Cuando Alfredo Roggiano, en el primer trabajo antologado, transcribe diversos escritos de Pedro Henríquez Ureña, nos obsequia muestras de la pluma, pensamiento y sensibilidad de aquél y de la vigencia casi exacta —porque algo se ha avanzado— de sus planteamientos en referencia, por ejemplo, al conocimiento del movimiento intelectual de América, pero que se puede emplear para otros campos, cuando decía que “desde la grandiosa Argentina hasta las modestas Antillas, se encontrará con un singular fenómeno: la absoluta carencia de relaciones entre unos y otros países, el total desconocimiento que acerca de las naciones hermanas tienen hasta las más inmediatas en vecindad geográfica” (p. 45), lo que se aplica al caso que nos ocupa, pues a pesar de todos los vínculos entre México y el Caribe sigue privando un gran desconocimiento. Lo reconoce López Portillo en su discurso de bienvenida al presidente dominicano Antonio Guzmán cuando habla de la cuenca del Caribe como “esta cuenca... que frecuentemente nos es ajena” (p. 311).

Otra muestra de la lucidez de Henríquez Ureña la encontramos en el texto “El hermano definidor”, análisis de las relaciones de nuestra América en el contexto internacional.

Esta primera parte cierra con el relato de Adolfo Castañón que logra envolvernos y hacernos sentir en la vida dominicana, visitando sus lugares ineludibles, como es el caso del recinto de La Trinitaria, y conociendo a la famosa Virtudes Uribe.

El segundo apartado del texto reúne una serie de ensayos en los que los asuntos histórico-políticos son desarrollados por plumas inteligentes que con un lenguaje sencillo nos ofrecen gran cantidad de información acerca de personajes como fray Antón de Montesinos y Enriquillo (se

transcribe el famoso sermón del primero en el que encarece a los españoles dar buen trato a los indígenas), así como de destacados dominicanos viviendo en México (Núñez de Cáceres y Simón de Portes), y no faltan los mexicanos (Juárez y Lázaro Cárdenas) vistos por los dominicanos (como Joaquín Balaguer o la prensa antillana). Entre todos nos permiten dar contenido a la aseveración de que las relaciones entre ambos países han sido constantes.

En el último apartado se transcriben los discursos que las visitas presidenciales, en ambos sentidos, han generado desde la histórica de Juan Bosch en la época en que en México era presidente Adolfo López Mateos, hasta la más reciente de Leonel Fernández durante el actual régimen.

En ellos queda expresado el deseo de ambos países de intensificar e incrementar sus relaciones en el marco de una colaboración fructífera y de respeto, pero también la coincidencia de posiciones en los foros internacionales, especialmente en las reuniones interamericanas (en diversos temas como la no intervención, la desnuclearización de la región, la integración, etc.), y, sobre todo, aparecen delineados los temas actuales en torno a los cuales se diseña la estrategia mexicana y dominicana en el Caribe y que precisamente han desplegado con habilidad en la última reunión de la Asociación de Estados del Caribe, que se llevó a cabo en República Dominicana, y que están manifestados claramente en la Declaración de Santo Domingo. Con ello se retorna a ese ciclo de paralelismos y coincidencias entre los dos países destacados en la introducción.

En mi opinión, en los diversos ensayos o en los discursos diplomáticos incluidos encontramos muchos ejemplos de esa relación que han mantenido a lo largo del tiempo la isla antillana y México, que comprueban que, aunque son dos regiones diferenciadas, ambas comparten muchos elementos y forman parte de un área en la que la frontera es móvil, determinada en parte por la migración de sus habitantes.

Otro de los aspectos que me gustaría destacar, y que creo fue involuntario en los autores reunidos, es la coincidencia en incorporar ciertos datos o anécdotas que ofrecen el lado humano de la historia de nuestra América y el Caribe, a veces con humor negro como cuando se dice que la Asamblea Constituyente dominicana promulgó en 1858 una Constitución en la que se abolía la pena de muerte "por razones políticas", o, con cierta ternura, cuando se transcriben las palabras de Máximo Gómez a su angustiada esposa; la actitud de bonhomía del funcionario universitario Henríquez Ureña ante la osadía de un alumno latinoamericano

necesitado de ayuda o la recreación de las imágenes de Juan Bosch cabalgando desde La Vega hacia Guanajuato en su corcel de escoba, siguiendo las instrucciones de un corrido mexicano popular en su tierra.

Para terminar, quisiera destacar que esta compilación es, en más de un sentido, un libro introductorio. Abre el espectro del estudio de las relaciones de México con el Caribe, hasta ahora centrado en destacar los vínculos con la mayor de las Antillas; ofrece un campo poco trabajado al dedicarse al rescate de las relaciones en el ámbito cultural, más allá del cine y la música y traspasando las afirmaciones que sólo expresan lugares comunes, y porque no se detiene en ese aspecto, pues da pistas muy interesantes para nuevas investigaciones en el campo de lo político y lo económico.

LAURA MUÑOZ MATA
Instituto Mora/AMEC

Antonio Higuera Bonfil, *Quintana Roo entre tiempos. Política, poblamiento y explotación forestal, 1872-1925*, Quintana Roo, México, Norte-Sur/UQROO, 1997.

La obra que Antonio Higuera entrega a la consideración de sus lectores tiene como objetivo interpretar parte de la historia moderna de la costa sudoriental de la península de Yucatán; toma como ejes tres temáticas que por sí mismas autodefinen el alba, acaecida justamente hace 100 años, de lo que hoy es el estado de Quintana Roo.

Uno de estos ejes es la explotación forestal. Es indudable que la riqueza de la selva es el atractivo que de manera constante podemos encontrar en los diversos intereses exhibidos por quienes lograron, intentaron o aún intentan establecer su soberanía en la región. Desde el siglo xvii el colonialismo europeo disputaba tanto el control efectivo como el dominio jurídico de la zona para la explotación del palo de tinte. España e Inglaterra lucharon en todas las formas conocidas para asegurar el ejercicio de la soberanía, la posesión y la propiedad de estas tierras.

Los mayas, en la última mitad de siglo xix, y aún entrado el siglo xx, combatieron sin cuartel por conservar la selva que les servía de refugio y hogar y que les daba tantas cosas para su vida cotidiana; basta conocer su culto religioso y ver la manera en que decoraban las cruces para tener una idea, aunque general, de la importancia que le conferían a la selva en su vida sacra. Asimismo, hoy día los modernos estados de Quintana Roo y Campeche litigan la soberanía de una franja de selva de valor

económico internacionalmente reconocido. Por tanto, el análisis del aprovechamiento de la selva es fundamental para entender la gestación particular de un estado federal selvático como es Quintana Roo.

Por otra parte, la explotación forestal es en buena medida el elemento que explica la forma particular que tomó en sus inicios el proceso de poblamiento, tanto de la colonia inglesa de Honduras Británica, como del margen norte del río Hondo. El mismo Payo Obispo¹ es deudor de la economía del palo de tinte, de la caoba y del chicle. Qué mejor muestra del hecho que el nombre actual del asentamiento, Chetumal.²

Ambos enfoques de la cuestión forestal se contienen a detalle en el trabajo que nos presenta Higuera Bonfil.

La política es otro factor consustancial que sirve de eje en la reconstrucción histórica de la región fronteriza, en donde "una nueva sociedad" debía erigirse a partir de los elementos existentes. Sin un territorio definido en forma precisa y con una población indígena renuente a ser dirigida y administrada, no podía, por obvia lógica, haber un gobierno local de la nación; tampoco por tanto una real frontera internacional. El afán de establecer dicha frontera por parte del gobierno federal (y que desde luego obedeció a múltiples intereses) debía iniciar entonces por la definición y propuesta de políticas que estimularan ambas cosas: la demarcación precisa del territorio y la sustitución de los rebeldes por una población anuente al gobierno nacional.

En este sentido, una de las labores emprendidas en la obra es la revisión y el análisis de las políticas que las autoridades propusieron para el desarrollo del territorio, así como de las sugerencias específicas hechas por individuos que, motivados por intereses personales, hicieron llegar a las autoridades.

Las formas iniciales de organización política y de administración pública, que son manifestaciones de las políticas generales de desarrollo proyectadas, tampoco escapan a la visión lograda por el autor. Así, en sus páginas podemos encontrar, por ejemplo, el modelo con que José María de la Vega propuso dividir en cuatro prefecturas la geografía del naciente territorio para su administración y gobierno, o también, entre otros, la concepción radicalmente diferente con que Ignacio A. Bravo organizó de manera geográfica su régimen para lograr los mismos fines. En la génesis del territorio, las contradicciones de las políticas adoptadas

¹ Antigua capital del territorio de Quintana Roo.

² En maya, "lugar del palo de tinte".

por los protagonistas principales hacen evidente un vacilante andar del mismo hacia la "civilización". Desde mi punto de vista, exponer y explicar dichas contradicciones es una de las partes más importantes e interesantes del libro.

El último factor que sirve de riel a la construcción del argumento central de la obra es el proceso de poblamiento que se persigue en ocasiones hasta con precisión estadística y donde, en mi opinión, no todas las afirmaciones son afortunadas, quedando pasajes de una fragilidad muy sensible. Por el contrario, la parte cualitativa que expone las tendencias básicas del proceso resulta muy sólida.

Quintana Roo entre tiempos tiene un argumento metodológico central inmanente y es éste: la definición física de la frontera sur del estado de Quintana Roo (en sentido restringido, *a border*), en tanto que implicó vecindad internacional y territorio nacional en rebelión, obedeció a factores que operaron a distancia desde el ámbito nacional e internacional y que superan la escala explicativa local y regional. Por ende, su esclarecimiento requiere proceder en la misma medida como necesidad de método.

El autor advierte que si bien se trata de una historia local la perspectiva es regional y tiende vínculos necesarios, de todo tipo, con otras áreas de México y del extranjero. No obstante, puede notarse que la escala en que se calibra la búsqueda del objeto central sacrifica el contexto vivencial que por lo mismo no tiene lugar y aporta casi nada a la argumentación en proceso: se inmola así la cotidianidad que colorea relatos focalizados en la práctica común de las sociedades. La preocupación, se deduce, es más de historia geográfica que de historia cultural o sociológica.

Dicha necesidad metodológica se cumple sin menoscabo de la exactitud artesanal con la que procede la investigación, y la presentación resultante gana en formulación estricta lo que pierde en agilidad narrativa. La ventaja que ofrece esta disposición del método al planteamiento de historiar las fronteras es la de poder prescindir de una definición teórica particular (específica) de la región en estudio, puesto que la importancia teórica de esta región se relativiza porque sus factores determinantes (que la constituyen como tal) son externos, vienen del control central de la sociedad en cuestión. Las variables utilizadas (política, población y explotación forestal) son capaces de operar a partir de la simple enunciación de una región que se considera consustancial a la realidad (que existe en sí) y que se restringe al propio ámbito del área

geográfica que se investiga. En el caso que nos ocupa tal región se constituye, al menos, en tiempo actual, por el país de Belice, la parte noreste de Guatemala y los estados mexicanos de Quintana Roo, Yucatán y Campeche.

La obra no inicia entonces con la construcción teórica de la región en estudio sino con el reconocimiento de su inmanencia metodológica operativa, ello es claro cuando Higuera retoma a Fábregas: "La región es el resultado de un proceso que vincula en el tiempo y en el espacio a la sociedad, el medio ambiente y la historia. Esta vinculación construye una estructura propia y otorga especificidad a la sociedad y la cultura en un ámbito concreto" (Fábregas *apud* Higuera, 1997, 10).

La ruta trazada es muy clara, se trata de hilvanar el proceso complejo por medio del cual los bordes políticos del territorio peninsular sureño fueron establecidos y la forma ulterior en que se mantuvieron, según límites del estudio, hasta 1925, a pesar de las reacciones adversas del gobierno de Yucatán.

Primero se revisa el derrotero que siguió la definición de los límites internacionales con la colonia inglesa de Honduras Británica en 1893 como tibio logro del gobierno de la república después de la larga polémica diplomática entre ambas naciones, para continuar de forma inmediata, en los capítulos III y IV, con las vicisitudes de existencia del territorio federal durante los últimos años del régimen porfirista y a través de la llamada "década revolucionaria".

El libro bien pudo empezar en el capítulo II sin pérdida alguna de su fuerza argumentativa; no obstante, como cortesía al lector no especializado, el autor incluye un primer apartado que atiende sucintamente las diferencias y los arreglos que España e Inglaterra tuvieron, en el transcurso de casi tres siglos, con respecto a la posesión y el derecho a tierras americanas en la región en disputa. Se procede aquí al recuento de al menos 14 negociaciones o tratados de paz entre las dos potencias europeas que concluyeron tácitamente con la legítima propiedad jurídica de las tierras para España.

El capítulo final presenta lo que considero una novedosa interpretación de la actividad revolucionaria de principios de siglo en la región y las consecuencias que tuvo en la vida política del joven territorio quintanarroense; en particular me parece que la reflexión sobre la supuesta anexión a Yucatán, en 1913, viene a aportar datos que (junto con otros trabajos recientes) hacen evidentes anteriores errores del quehacer histórico.

Creo que *Quintana Roo entre tiempos* es un trabajo meritorio de aten-

ción analítica al mismo tiempo que una lectura asequible a todos los interesados en el pasado de nuestro cálido terruño.

En cuanto a la edición, dos palabras: es una verdadera lástima que la escala en que se presentaron los mapas no permita apreciar la importancia que tienen, como documentos de la época, para la argumentación del tema tratado, aunado a ello; no se proporcionaron los pies de foto con la explicación correspondiente.

JULIO CÉSAR ROBERTOS
Universidad de Quintana Roo

Alfredo César Dachary y Stella Maris Arnaiz Burne, *El Caribe mexicano: una frontera olvidada*, México, Uqroo/Fundación de Parques y Museos de Cozumel, 1998, 456 p.

Ejercicio de edificar los ángulos y vértices de nuestra historia regional frente y complementariamente a la historia peninsular escrita desde Mérida, de mirar las otras rutas por las que ha caminado la construcción de nuestro entorno regional, el acucioso y extenso trabajo de investigación de Alfredo César Dachary y Stella Maris Arnaiz se convierte en necesario punto de referencia, consulta y discusión para los estudiosos de los fenómenos sociales pretéritos y presentes del otro sureste, el nuestro que ofrece sus rostros al Golfo y al Caribe.

Este libro establece una síntesis panorámica del proceso de formación de la frontera Caribe de México, ente vivo, espacio de relaciones sociales, de interacción económica y de lucha y concierto político tanto en el ámbito interno como en el más extenso campo en que se definen los poderes, influencias e intereses de las distintas potencias colonialistas y neocolonialistas: España, Inglaterra y Estados Unidos de América.

Es ya lugar recomendado de consulta, pues el extenso trabajo de recuperación bibliográfica, hemerográfica y archivológica de la obra es acompañado con la coherencia que ayuda a definir hitos, temporalidades, líneas de análisis e interés claramente definidos por un planteamiento teórico.

Es precisamente en el ámbito teórico donde *El Caribe mexicano: una frontera olvidada* entra a la lid académica de discusión que enriquece. Frontera, límite, *border*, cuenca, área de influencia, circunscripción terri-

torial, todos ellos son conceptos que reclamarán su derecho a ser usados como prisma para el análisis de la historia de nuestro Caribe por quienes sigan los pasos en el camino propuesto por César y Arnaiz o en otras brechas donde la indagación histórica, antropológica y sociológica serán retadas para afinar criterios, iniciar la aventura de explicaciones diversas a las propuestas por estos autores en cada uno de los cuatro hitos históricos (aunque anuncian cinco en la introducción) propuestos como relevantes y examinados en los nueve capítulos que componen el cuerpo de esta obra:

a) El periodo de conquista y colonización. La conquista es apenas tocada en el curso del primer capítulo del texto y va seguida por la narración, no exenta del involuntario humor que toda historia verdadera exhala, del coloniaje español enfrentado a la que fuera en su momento pujante piratería inglesa devenida luego metropolitana colonizadora de legales trazos, que pretende ocultar los “trapicheos” y visibles entretelas de su asentamiento en Belice, asentamiento que sólo es concebido como ilegal por quienes pierden y cuyo bucanero pasado se hace invisible para quienes ganan.

b) El medio siglo de Guerra de Castas, precedida e incubada por y en el proceso de constitución —real, no formal— de una república en la que las fricciones del centralismo “mexicano” y el federalismo yucateco, vuelto tentación separatista por sus oligarcas, genera una rebelión indígena que los autores reclaman más social que de castas. Sirve de telón de fondo al drama el proceso de expoliación de madera, palo de tinte, manatíes, tortugas y el desarrollo del comercio del partido de las islas con Belice, y de casi cualquier actividad que detectara rentable la voracidad y el ojo mercante de los *sui generis* colonos ingleses que nos descubren los autores.

c) El intento porfiriano de tomar para México el “espacio vacío” del entonces recién creado territorio federal de Quintana Roo mediante la acción de compañías a las que se otorgan concesiones forestales que harían de la madera y el chicle la riqueza de los pocos y la recurrente miseria de los más. Describen los autores cómo los árboles no siempre mueren de pie y cómo el chicle se convirtió en otro adherente de nuestra economía a la de la potencia del norte que, en este siglo, no requería en esta frontera de más balas que las de los dólares y el comercio, para doblegar incluso los intentos de justicia que la Revolución y la Reforma Agraria cardenista esbozaron, a la cual sigue una etapa de transición en

los cincuentas, transición que los autores nos describen en sus rasgos económicos —el desarrollo de la industria pequeña, la expansión agrícola y los primeros balbuceos de la pesca—, sociales —el reacomodo demográfico, la educación, etc.— y políticos. Este ciclo se cierra con el declive forestal y con los últimos gobiernos territoriales.

d) El cuarto periodo es marcado hacia finales de los años sesenta, época de transformaciones relevantes en la estructura económica y sociopolítica de la región. Este periodo verá el nacimiento del estado de Quintana Roo y el desarrollo de actividades económicas —con especial expansión del turismo y el comercio—, así como el declive de otras, como la copra y el chicle. Cancún, desde luego, y Cozumel ocuparán lugar aparte en esta sección del análisis, mismo que da paso a la visión de los autores, quienes concluyen su vasto análisis con el examen de las zonas económicas de Quintana Roo en los días contemporáneos, escenarios de procesos migratorios y étnicos donde el “eterno vecino”, Belice, sigue ocupando un sitio de peso relativo en lo económico y sociocultural.

Cada uno de los prismas que la elección de César y Arnaiz han dejado para tomar el suyo en este análisis de la frontera Caribe podrán reclamar el derecho de establecer nuevas demarcaciones en la siempre líquida cuando no difusa materia del tiempo histórico, y en el rostro siempre nuevo en gestos y expresiones de los fenómenos sociológicos y culturales de nuestro tiempo y nuestro entorno. Pero sin duda este volumen ya sienta un buen precedente de solidez, razón por la cual las subsecuentes ediciones deberán asumir el deber de corregir erratas, algunas meramente formales (*v.gr. cf. cap. II, nota 7*), otras de precisión histórica que se deben señalar con puntualidad:

Matías de Gálvez, gobernador de Guatemala, emprende en 1782 una expedición contra los ingleses, logrando reconquistar Roatán y río Tinto, pero se vio forzado a terminar sus operaciones ante el tratado de Versalles.

Mientras esto sucede, Jacinto Canek inicia en Yucatán lo que será la rebelión más importante antes de la Guerra de Castas; la cual, al igual que las anteriores, es abortada a sangre y fuego [César y Arnaiz, 1998, p. 42].

Es claro que esta errata, y alguna otra que la crítica erudita sabrá descubrir, no obedece al desconocimiento del dato histórico, por lo demás hartamente conocido en este caso (la rebelión de Canek tiene data en 1761, como se apunta en el mismo texto páginas adelante), sino a cierta

índole de descuido que seguramente será corregido en ediciones por venir de *El Caribe mexicano: una frontera olvidada*.

JUAN CARLOS MIJANGOS
Universidad de Quintana Roo

Fernando Picó, *Cada guaraguao... Galería de oficiales norteamericanos en Puerto Rico (1898-1899)*, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1998.

Este libro reúne un valioso conjunto de informes militares preparados por siete oficiales norteamericanos desde las comandancias de Aguadilla, Aibonito, Arecibo, Lares, Uraúado y Yauco durante la invasión que duró veinte días en verano de 1898. El bombardeo del puerto de Guanica por la flotilla norteamericana aseguró el desembarco de las tropas voluntarias de Massachusetts e Illinois, que sólo enfrentaron la resistencia de una docena de voluntarios españoles al mando del teniente Enrique Méndez López.

Cada uno de los testimonios reunidos en el libro construye el Puerto Rico de percepciones y perspectivas norteamericanas. Fueron los militares, antes que los burócratas y los legisladores de Washington, quienes primero tuvieron que afrontar los detalles prácticos de la administración de Puerto Rico. Al hacerlo, empezaron a interpretar las perspectivas político-sociales del país invadido y a explorar las implicaciones de la rápida campaña militar del 1898. El autor Fernando Picó reúne en este libro, aparte de los testimonios de los oficiales, respuestas de las autoridades militares norteamericanas y desplegados publicados en la prensa local; además aporta valiosos datos históricos que ayudan al lector a entender mejor los textos recopilados del archivo norteamericano Narad (National Archives and Records Administration) en Washington.

El primer testimonio corresponde al capitán Francis F. Mansfield, que fue asignado a servir como comandante militar del distrito de Aguadilla. En uno de sus informes periódicos a sus superiores, Mansfield expresó su visión de la gente puertorriqueña: "La gente parece deseosa de trabajar aun a salarios de miseria, y parece ser dócil y agradecida por cualquier cosa que se le haga. Son emocionales [...] Cuando las ideas americanas le sean inculcadas a la gente, nunca las abandonarán y se beneficiarán grandemente de ellas" (p. 36). A lo largo de este capítulo se presenta en documentos y comentarios de Picó que ayudan a entender

cómo logró Mansfield asumir como único militar en la isla el gobierno del ayuntamiento y las preocupaciones que tuvo el militar por el mejoramiento de la infraestructura del distrito.

El teniente Seaborn G. Chiles sustituyó a Mansfield con motivo de su nombramiento como recaudador de aduanas en Ponce en verano de 1899. Le tocó atender como jefe militar de Aguadilla las emergencias surgidas del huracán San Ciriaco que azotó la isla en agosto del mismo año. En tono racista y cínico describió a los habitantes afectados por el desastre natural:

Yo he visitado todo mi distrito y he estudiado la situación muy cuidadosamente, y por lo que puedo ver, la gente no está haciendo esfuerzo alguno por ayudarse y no parecen tener la intención de hacerlo mientras el gobierno les esté dando de comer [p. 56]... Es difícil imaginarse un grupo de gente más desvalida e inútil. En mi opinión, son muy inferiores a nuestros negros del sur, y muy poco, si en algo, mejores que nuestros indios. Ciertamente tienen todos sus vicios sin ninguna de sus virtudes [p. 58].

En los siguientes informes Chiles pasó revista a la sociedad puertorriqueña y echó la culpa a España del retraso de la isla en materia de educación, inmovilidad social y corrupción de la administración. Para él, la invasión norteamericana fue justificada sobre todo por los beneficios que traerían las ideas americanas para la población de Puerto Rico: un sistema educativo más liberal y una “verdadera” democracia.

En el capítulo sobre el capitán Augustus C. Macomb, comandante de Arecibo, Picó relata, apoyándose en expedientes militares del NARAD y en la prensa de la época, el comportamiento desmedido de los soldados norteamericanos, su embriaguez pública, sus abusos sexuales, el correr desenfrenado a caballo por las calles y carreteras, sus prácticas de tiro al aire libre y sus encontronazos con civiles y policías. Varios soldados norteamericanos fueron encontrados culpables y sentenciados a trabajos forzados; Macomb comentó al respecto:

Se cree que mucha de la embriaguez que ocurre en este puesto militar se debe al hecho de que el campamento está totalmente oscuro por la noche. Los hombres no pueden leer o entenderse de otra forma en su cartel. Más aún, con el clima de esta isla, para que los soldados disfruten de alguna comodidad es necesario que vistan ropa de verano todo el tiempo.

En el municipio de Utuado, el motín de las pedradas en enero de 1899 fue una reacción por parte de la población frente al comportamiento desenfadado de los soldados norteamericanos, descrito en el capítulo anterior. Seis mujeres fueron encarceladas a raíz del tumulto, no por participar en él sino por haber dicho que la policía y el alcalde de Utuado habían autorizado al pueblo para apertrecharse de piedras y palos para atacar a los soldados norteamericanos. La corte determinó que la investigación no demostró la culpabilidad de las acusadas y fueron puestas en libertad.

El presente libro ofrece al lector un amplio y rico panorama del desempeño y observaciones de militares norteamericanos después de la intervención. Como conclusión de sus actitudes podría servir la siguiente cita, tomada por Picó, del libro *The Cuban and Porto Rican Campaigns (1898)* del norteamericano Richard Harding Davis:

Es una isla bella, sonriente con abundancia y contento. No nos traerá otra cosa que no sea para bien, y llegó a nosotros voluntariamente, con los brazos abiertos. Pero si hubiese sido de otra manera, hubiera sido nuestra también. El curso del imperio sigue su rumbo a todos los puntos cardinales, y no sólo hacia el oeste [p. 124].

JOHANNES MAERK
Universidad de Quintana Roo